

**Roger
Zelazny**

**Señales
en el Camino**



Por qué los Dragones de Belawinith hicieron el Camino —o quiénes son ellos— nadie lo sabe, pero el Camino está siempre allí, para los que saben cómo encontrarlo, y siempre estará allí.

Red Doraken había viajado mucho antes de que él o cualquiera pudiera recordar. Hacía mucho, mucho tiempo, caminaba como un hombre viejo... pero ahora, mucho más joven, conduce su golpeada camioneta Dodge transportando rifles para que los griegos puedan detener a los persas en Maratón.

Pero ocultos enemigos —desde un monje letal hasta un tiranosaurio— han puesto precio a su cabeza e intentan detenerlo en los recodos del tiempo... y la última salida es Babilonia.

Un virtuoso *tour de force* en el tratamiento del tema del viaje temporal, *Señales en el camino* es una de las obras más imaginativas salidas de la pluma de un escritor de ciencia ficción.

*A Ron Bounds,
Bobbie Armbruster,
Gary & Uschi Klüpfel,
con quienes comparto felices
memorias de Oktoberfest*

Dos

—¡DETENTE! —exclamó Leila.

Randy giró a la derecha de inmediato y frenó el coche. El cielo avanzaba palpitante hacia un reamanecer perlado.

—Retrocede a lo largo del borde del camino.

Él asintió y dio marcha atrás.

—¿Por esa gente? Sencillamente podríamos volver andando...

—Quiero mirarlos más de cerca antes de abandonar el coche.

—Muy bien —respondió él, y siguió retrocediendo.

Ella se volvió y contempló el deteriorado vehículo gris. En él había dos figuras sentadas. Ambas parecían tener el pelo cano, pero la luz era todavía engañosa. Ambas parecían estar mirándola.

—En un instante se abrirá la portezuela del lado del conductor —dijo ella quedamente.

La portezuela del lado del conductor se abrió.

—Ahora la otra.

La otra se abrió también.

—El viejo iba conduciendo con la vieja de pasajera...

Un viejo y una vieja abandonaron el vehículo y avanzaron dejando las portezuelas abiertas detrás de sí. Llevaban gastadas vestiduras envolventes que mantenían cerradas con fajas.

—Detente —dijo ella—. Bajemos y vayamos a ayudarlos. La tapa del distribuidor se les ha desprendido.

—¿Parte de tu capacidad de visión?

—No —respondió ella.

Abrió la portezuela, bajó y se les aproximó. Él hizo lo mismo. La primera impresión que tuvo fue la de que el hombre era demasiado viejo como para estar conduciendo. Con los hombros caídos, se apoyaba contra su coche. La mano libre le temblaba ligeramente; la tenía seca y cubierta de pecas seniles; se asemejaba a una garra. Profundas arrugas le surcaban la cara y las cejas eran tan blancas como el pelo. Entonces los ojos se centraron en Randy y permanecieron fijos en él... verdes y casi relumbrantes. Había una lucidez en ellos que no habría adivinado tres metros más atrás. Randy le sonrió, pero el hombre no manifestó la menor reacción.

Leila, entretanto, se había aproximado a la vieja y hablaba con ella en una lengua que Randy no reconoció.

—Si pudiera echar un vistazo bajo la cubierta —sugirió — quizá podría serles de alguna ayuda.

Cuando el hombre no dio respuesta, repitió lo dicho en prelingua. Tampoco esto produjo reacción. El hombre parecía estar examinando su cara, su vestido, sus movimientos. Esa peculiar atención hacía que Randy se sintiera incómodo. Le dirigió a Leila una mirada de consulta.

—Está todo bien —dijo ella—. Adelante, levanta la cubierta y arréglalo. Ellos no entienden su funcionamiento. Ahora les estoy explicando lo del combustible.

Al inclinarse para desajustar el pasador, Randy vio que Leila le daba a la mujer un grueso fajo de billetes de banco. Cuando la cubierta se hubo levantado varios centímetros, el hombre se apartó. Una vez levantada del todo, oyó una breve exclamación proveniente de esa dirección.

Sí. La tapa del distribuidor estaba desprendida. La colocó en su lugar y la aseguró allí. Un rápido examen del resto del motor le permitió comprobar que nada más estaba desacomodado.

—¿Podría ponerlo ahora en marcha, señor? —preguntó.

Cuando levantó la cabeza, vio que el hombre le sonreía.

—No estoy seguro de que me entienda —dijo Randy—, pero me gustaría que ahora pusiera en marcha el motor. — Luego, cuando el otro no hizo el menor movimiento ni respondió, dijo—: Lo haré yo.

Randy pasó junto al hombre y miró dentro del coche. La llave estaba todavía en el encendido. Se deslizó dentro y la probó. Un momento después, el motor respondió. Lo apagó nuevamente y abandonó el coche. Le devolvió la sonrisa al hombre, hizo con la cabeza un movimiento de animación y le dijo.

—Ya está listo.

El hombre de pronto se lanzó hacia adelante y lo envolvió en un abrazo de oso. Era sorprendentemente fuerte y su aliento quemaba.

—¿Nombre? ¿Su nombre, buen hombre? —dijo.

—Randy. Soy Randy... Dorakeen —replicó liberándose del abrazo.

—Dorakeen. Un buen nombre —dijo el otro. Leila había esquivado el vehículo y ahora estaba detrás de ellos. La vieja la había seguido.

—Ya no tendrán inconvenientes —dijo—. Vamos. Debemos irnos ahora... hasta la última salida a Babilonia.

Le dijo algo en voz inaudible al hombre, que asintió con la cabeza. Abrazó a la vieja durante un largo rato y luego se apartó y volvió al coche. Randy la siguió apresurado. Cuando miró hacia atrás, la pareja se había reacomodado ya en el vehículo. Oyó que el motor se ponía en marcha. Luego el coche entró en el Camino y desapareció de la vista. En ese momento salía el sol y él advirtió que Leila estaba llorando. Apartó la mirada y experimentó un sentimiento extraño.

Uno

RED Dorakeen se encontraba en una sección tranquila del Camino, recta e inmóvil como la muerte y ligeramente resplandeciente. Varias horas antes un par de vehículos futuristas lo habían pasado trasladándose a velocidades fantásticas y luego había alcanzado a un carruaje tirado por cuatro caballos y más tarde a un jinete solitario. Mantenía su camioneta Dodge de color azul en el carril de la derecha a una velocidad constante de 65 millas por hora. Mordisqueaba su cigarro y canturreaba.

El cielo era de un pálido azul y una pronunciada línea brillante lo atravesaba de Este a Oeste. No había polvo perceptible ni insectos que chocaran contra el parabrisas. Llevaba una gastada gorra de béisbol con la visera bajada sobre la frente; tenía la cabeza ligeramente echada hacia atrás para impedir que lo incomodara y sus ojos verdes miraban entrecerrados desde su sombra. Quizá su barba rojiza fuera algo más oscura que el cabello.

Por delante, muy a la distancia, apareció una minúscula mancha. Creció rápidamente para convertirse en un baqueteado Volkswagen negro. Cuando se cruzaron, la bocina del otro vehículo comenzó a sonar. Se apartó del borde del Camino y se detuvo.

Red miró el espejo lateral, frenó y se desvió a la derecha. Al disminuir la marcha, el cielo comenzó a latir —azul, gris, azul, gris— y su franja brillante se desvanecía con cada una de las palpitations de decoloración.

Cuando se hubo detenido por completo, una clara tarde lo rodeaba. Desde cierto vago lugar a la distancia, se oía el canto de los grillos y sopló una brisa fresca. Abrió la portezuela y descendió del coche arrancando de un tirón las llaves del encendido y manteniéndoselas en el bolsillo. Llevaba Levi's y botas de combate, una chaqueta parda de ski sobre la camisa de trabajo de color caqui y un ancho cinturón de complicada hebilla. Antes de retroceder por el borde del Camino, se echó hacia atrás la gorra y se detuvo para encender el cigarro.

No había modo de cruzar el Camino sin correr el riesgo de destrucción casi inevitable. Por este motivo, se trasladó hasta un lugar que se encontraba justo enfrente del Volkswagen. Cuando lo hubo hecho, la portezuela del coche se abrió y salió de él un hombre de escasa estatura y pequeños bigotes.

—¡Red! —exclamó— ¿Red...?

—¿Qué pasa, Adolph? —gritó con voz estentórea—. ¿Todavía buscas el lugar en el que ganaste?

—Escucha, Red —dijo el otro—. No sabía si decirte esto o no, porque no era capaz de decidir si el odio que te tengo es más que el que creo que te debo. Claro que no podía decidir tampoco si la información te resultaría dañina o beneficiosa. De modo que creo que todo se equilibra. Te lo voy a decir. Más temprano estuve a gran distancia en el Camino de retroceso y vi lo que sucedía a la salida que tiene como señal el zigurat azul...

—¿El zigurat azul?

—El zigurat azul. Vi el vuelco. Vi tu camión en llamas.

Red Dorakeen permaneció en silencio algunos instantes. Luego se echó a reír.

—La muerte —dijo— se sentirá por cierto desconcertada si no tarda en cruzarse conmigo. Dirá: «¿Qué hace este hombre en la Atenas de Temístocles cuando tiene otra cita conmigo en la última salida a Babilonia?»

Su sólido cuerpo se sacudió cuando volvió a reír. Luego exhaló humo y levantó el brazo derecho en un ademán de burlona despedida.

—Gracias de cualquier modo —dijo—. Puede serme útil saberlo.

Se volvió y se dirigió a su camión.

—Una cosa más —gritó el otro a sus espaldas.

Se detuvo y volvió la cabeza.

—¿De qué se trata?

—Pudiste haber sido un gran hombre. Adiós.

—*Auf wiedersehen*.

Red subió al coche y puso el motor en marcha. El cielo no demoró en ser de nuevo azul.

Dos

MIENTRAS el amanecer se abría camino por sobre la silenciosa y quebrantada línea del horizonte, Strangulena se agitó en la barcaza que navegaba por el Río de Este. Lenta, suavemente, apartó la piel que los cubría y se quitó de la frente un mechón de su pelo llameante. Con las yemas de los dedos se tocó los lugares más sensibles del cuello, los hombros y los senos donde ya estaban haciéndose visibles los signos del ardor de su amante. Sonriendo entonces, flexionó los dedos y se volvió lentamente sobre su lado izquierdo.

Toba, tan pesado y oscuro como la noche que partía, con la mejilla apoyada en la palma de su mano derecha, le sonrió.

—¡Dios de los cielos! ¿No duermes nunca? —preguntó ella.

—No con una dama que ha estrangulado a más de un centenar de amantes una vez que se han dejado caer al lado de ella.

Los ojos de la mujer se estrecharon al mirarlo.

—¡Entonces tú sabías! ¡Desde un principio lo sabías! ¡Me engañaste!

—Gracias a Dios y a las anfetaminas, sí.

Ella se sonrió y estiró su cuerpo.

—Eres bastante afortunado. En realidad, normalmente no espero siquiera que se dejen caer a mi lado. Por lo general escojo ciertos momentos y se corren y parten al mis-

mo tiempo, por así decir. Recién iba a ocuparme de ti ahora porque la arquitectura me distrajo. No obstante...

Estirándose puso en contacto la unidad de control y la barcaza inició la marcha. Se volvió hacia el otro lado.

—¡Mira cómo la luz baña las ruinas de Manhattan! ¡Me encantan las ruinas! —Se sentó de pronto y levantó un rectángulo oblongo de madera tallada y pulida. Lo sostuvo a la distancia de su brazo extendido y miró a través de él—. Ese conjunto de allí... ¿No es una composición magnífica?

Toba se levantó a su vez e inclinándose hacia adelante, rozó con su barbilla el hombro de ella.

—Es... este... interesante.

Ella sostuvo una pequeña cámara con la mano izquierda, miró a través de ella y a través del rectángulo se echó hacia adelante y luego hacia atrás y presionó un botón.

—Lo tengo.

Dejó la cámara y el rectángulo a su derecha.

—Me pasaría la vida contemplando ruinas pintorescas. De hecho, es lo que hago. La mayor parte del tiempo. Siempre resultan mejor desde el agua. ¿Lo habías notado?

—Ahora que lo mencionas...

—Eras demasiado bueno para ser cierto, ¿lo sabías? Vestido de harapos, revisando la basura a orillas del agua, sucio e iletrado, un producto de la civilización en decadencia... Te vi al pasar. Me engañaste. ¿Cuál es tu profesión? ¿Eres arqueólogo?

—Bueno...

—Y tenías noticias sobre mí. Mantén el brazo derecho así levantado, pero sube la cabeza.

Giró sobre sí, quedó tendida sobre el estómago y, levantando su propio brazo derecho, asió su mano.

—Muy bien, señor Toba. Empieza a hacer fuerza como si en ello te fuera la vida. Quizá sea así.

—Vaya, señora mía...

Su brazo comenzó a inclinarse hacia atrás. Afirmó la muñeca y se puso en tensión. Por un instante el movimiento se

detuvo. Cerró fuertemente las mandíbulas y se echó hacia la izquierda.

De pronto cayó hacia atrás con el brazo inmovilizado sobre la cubierta.

Ella le sonrió desde lo alto.

—¿Quieres probar con la izquierda?

—No, gracias. Mira, creo todo lo que oí decir de ti. Tienes... este... gustos exóticos y eres lo bastante fuerte como para satisfacerlos. No tengo otro remedio que admirar a los que obtienen lo que quieren. Esta era la única manera que tenía de conocerte, sin embargo. Tengo una oferta para ti de las que se dan sólo una vez en la vida. No puedes permitirte el lujo de rechazarla.

—¿Incluye una buena ruina?

—¡Pues no te quepa la menor duda! —dijo él apresuradamente.

—¿... y un hombre apetitoso?

—¡Uno de los mejores!

Ella lo tomó de la mano y de un tirón lo puso de pie.

—¡Rápido! ¡Mira la luz del sol sobre esa torre quebrada!

—¡Sí que es bonito!

—¿Cómo se llama?

—Dorakeen. Red Dorakeen.

—Me suena familiar...

—Ha andado mucho por el mundo.

—¿Es llamativo?

—¿Tienes que preguntar siempre?

—No me vendría mal una nueva barcaza con algunas incrustaciones de marfil...

—Ya no digas más. ¡Vaya! ¡La luz del sol a través de lo que queda de ese puente!

—¡Rápido! ¡La cámara! Eres un hombre muy afortunado, Toba.

—¡Si no lo sé yo!

Uno

CUANDO vio el punto diminuto en el espejo retrovisor que florecía y se iluminaba, Red Dorakeen maldijo en voz baja.

—¿Qué sucede? —preguntó una voz ronca que provenía el tablero de instrumentos.

—¿Eh? No sabía que te había dejado en marcha.

Su mano derecha se dirigió al botón de control pero abandonó luego su intento.

—No lo hiciste. Yo misma activé el circuito.

—¿Cómo te las compusiste?

—¿Recuerdas el servicio de revisión que te gané en un juego de cartas el mes pasado? Quedaba crédito bastante como para hacer que me incorporaran algunos circuitos extra. Pensé que era tiempo de que ampliara mi horizonte.

—¿Quiere decir que vienes espíandome desde hace todo un mes?

—Sí. Hablas mucho contigo mismo. Resulta divertido.

—Tendremos que hacer algo para ponerle solución a eso.

—Podrías dejar de jugar a las cartas conmigo. Repito, ¿qué sucede?

—El automóvil de la policía. Se acerca veloz. Puede que siga de largo. Pero también puede que no.

—Apuesto a que lo derrotó. ¿Quieres pelear?

—Diablos, no. Tranquila, Flores. Algunas cosas exigen tiempo, eso es todo.

—No comprendo.

—No tengo prisa. Si fracaso, vuelvo a intentarlo. O pruebo con alguna otra cosa.

Su mirada volvió al espejo retrovisor. El brillante vehículo con forma de lágrima era grande ahora en el carril de avance y venía todavía ganando en tamaño, aunque parecía que hubiera disminuido la velocidad.

—Sigo sin comprender.

Él raspó una cerilla de madera con la uña del pulgar y reencendió el cigarro.

—Lo sé. No te preocupes por ello... y mantente al margen de cualquier discusión que pueda suscitarse.

—Te quedo reconocida.

Él miró al costado. El vehículo se le había puesto a la par y le controlaba el paso. Suspiró.

—¡Detenedme o seguid adelante, malditos! —musitó—. ¡Estamos todos demasiado crecidos para jugar!

Como si le respondiera, una sirena ululó. Un globo ascendió al techo brillante y comenzó a guiñar como un ojo acalorado.

Red giró el volante y se desvió al borde del Camino. Una vez más el cielo comenzó a palpar, oscuro y claro, más y más oscuro, más y más claro. Cuando el vehículo se hubo detenido por completo, un sol matinal se levantaba por sobre el horizonte a su derecha, los pastos estaban pálidos de escarcha y los pájaros cantaban. El brillante vehículo se le adelantó. Sus dos portezuelas se abrieron y dos oficiales de uniforme gris descendieron y se le aproximaron. Apagó el encendido y permaneció sentado perfectamente inmóvil. Exhaló una densa nube de humo.

El conductor del otro vehículo se aproximó a la portezuela. Su compañero se dirigió a la parte trasera del camión. El primer hombre miró dentro del coche. Se sonreía ligeramente.

—¡Que me condenen! —exclamó.

—Hola, Tony.

—No sabía que eras tú, Red. Espero que no estés metido en un lío muy grande.

Red se encogió de hombros.

—Oh, un poco de esto, otro poco de aquello.

—Tony —dijo una voz que provenía de la parte trasera del camión—. Es mejor que eches un vistazo por aquí.

—Eh... Tendré que pedirte que bajes, Red.

—Pues claro.

Abrió la portezuela y abandonó el coche.

—¿De qué se trata? —preguntó Tony dirigiéndose a la parte trasera.

—Mira.

Había desatado un ángulo de la lona y lo había levantado. Procedía ahora a seguir desatándola.

—¡Lo reconozco! Son rifles del S Veinte, los llamados M-1s.

—Sí, ya lo sé. ¿Ves lo que hay aquí atrás? Rifles automáticos Browning. Y esta es una caja de granadas. También muchísimas municiones.

Tony suspiró y se volvió.

—No me lo digas. Déjame que lo adivine —dijo—. Sé perfectamente a dónde vas. Todavía crees que los griegos deben vencer en la Batalla de Maratón y quieres darles una mano.

Red hizo una mueca.

—¿Qué es lo que te lo hace pensar?

—Ya dos veces fuiste sorprendido en eso.

—Y vosotros justo me detuvisteis... ¿como parte de una muestra de azar?

—Exactamente.

—¿Tratas de decirme que nadie os puso sobre aviso?

El oficial vaciló y apartó la mirada.

—Exactamente.

Red sonrió en torno al cigarro.

—Muy bien. Me sorprendiste con las mercancías. ¿Qué vais a hacer?